



Mateo y la Estrella Perdida

Manuel Jimenez





Mateo caminaba por su jardín cuando encontró algo brillante escondido entre las flores. Era una pequeña estrella que se había caído del cielo y parpadeaba con mucha debilidad.



Con mucho cuidado, Mateo la puso en un nido de algodón para que estuviera cómoda. La estrella estaba triste porque extrañaba a sus hermanas en el firmamento nocturno.



Mateo decidió que ayudaría a su nueva amiga a volver a casa. Preparó su pequeño carrito de madera y comenzó un viaje hacia la montaña más alta del valle.



Entraron en el Bosque de los Susurros, donde los árboles eran gigantes y las flores brillaban con luz propia. La estrella empezó a brillar un poquito más fuerte al sentir la emoción de la aventura.



En lo alto de un roble milenario, conocieron a una lechuza sabia de anteojos redondos. Ella les indicó el camino secreto que subía por encima de las nubes grises.



El camino se volvió de color plateado mientras subían por la ladera de la montaña. El aire era fresco y olía a sueños y a chocolate caliente, dándoles fuerzas para seguir adelante.



Al llegar a la cima, Mateo sacó su cometa más grande y resistente. Ató con delicadeza un hilo de seda a la estrella, esperando que el viento la elevara hacia el infinito.



Una ráfaga de viento mágico sopló con fuerza y la cometa voló más alto que nunca. La pequeña estrella comenzó a brillar con una intensidad dorada, iluminando todo el valle.



De repente, el hilo se soltó y la estrella ascendió velozmente hasta ocupar su lugar en el cielo. Desde lo alto, le guiñó un ojo a Mateo en señal de agradecimiento eterno.



Mateo regresó a su habitación y miró por la ventana antes de dormir. Su amiga, la estrella más brillante de todas, velaba sus sueños desde la inmensidad del universo.